

# LA INFLUENCIA DE NEBRIJA EN LA LITERATURA RELIGIOSA

Por el R. P. LUIS FULLANA MIRA  
De la Real Academia Española

**T**ODA literatura, tanto en su origen como en su progreso y perfecto desarrollo, ha de apoyarse en bases sólidas que debe proporcionarle el cultivo de la lengua madre; y como para todas las lenguas «románticas» o «romances», es el Latín, ya clásico, ya vulgar, su lengua primitiva, cuanto mayor haya sido la influencia de esta Lengua sobre sus derivados, mayores serán también las bellezas y elegancias en las mismas.

No cabe la menor duda que la Edad Media fué próspera en el cultivo de las Artes y las Ciencias; pero desgraciadamente no fué así en la Península Ibérica, en cuanto al cultivo y conservación del Latín Clásico; ya que tan alta y orgullosa han mantenido la bandera cultural desplegada en el Lacio, merced a los merítisimos españoles Marco Anneo Lucano, autor del inmortal poema épico *Pharsalia*; Cayo Julio Higino, su *Gramática Latina*; Valero Marcial, sus libros de *Epigramas*; Prudencio, su *Combate del Alma*, *Himnos*, *Cánticos*, etcétera; Draconcio, que florecía en tiempo de Gonderico, rey de los Vándalos, su *Poema de la Creación* y su elegía, titulada *Satisfactio*; L. Anneo Floro, su *Eptitome de Gestis Romanorum*; San Isidoro, sus *Etimologías*; Aquilino Juveneo, su *Historia del Evangelio*; Pomponio Mela, *De situ orbis*; Paulo Orosio, su *Apología del libre Arbedrito*; los dos Quintilianos, célebres oradores; los dos Sénecas, el «orador» y el «filósofo»; Silio Itálico, su celebrado poema épico, etc.; éstos y otro muchos autores españoles de los primeros siglos de la Iglesia, supieron conservar en su Patria las bellezas y elegancias del clasicismo latino.

Pero, desgraciadamente para la cultura de las letras españolas, a partir del siglo vi el latín clásico desapareció casi en absoluto de la Península Ibérica; aunque en la llamada restauración de las letras de los siglos XIII y XIV, merced a los esfuerzos de los escolásticos, ese latín no pasó a ser un latín eclesiástico, más o menos pulido, pero desprovisto de las elegancias propias del latín clásico. Esa decadencia del latín clásico, se acentuó de un modo muy considerable en el siglo xv, precisamente cuando aparece el gran Humanista Elio Antonio de Nebrija.

Para la restauración del latín clásico y de la literatura que debían servir de fundamento a la Gramática y Literatura española, era impensable la constante actuación de un ingenio que fué el inmortal Antonio de Nebrija. Este fué, sin duda alguna, el único que supo y pudo encauzar la restauración de esa literatura por medio de sus *Introductiones Latinae*, *Diccionarios*, y otras obras didácticas que tanta influencia ejercieron luego en la literatura general y en la religiosa en particular.

Dada la mencionada decadencia de las letras en España, respecto a la Lengua Latina, teniendo en consideración las nobles aspiraciones de Nebrija, así como su convencimiento de que la Divina Providencia le había confiado la árdua empresa de dicha restauración, no había de tener un solo día de tranquilidad hasta verse en condiciones favorables a la consecución de sus propósitos.

En efecto: ni entre los Maestros de Gramática y Lógica de su país natal, ni en los cinco años que permaneció en Salamanca, estudiando bajo la dirección de Maestros tan celebrados, como Pascual de Aranda y Pedro de Osma, pudo encontrar Nebrija la orientación que buscaba a sus estudios particulares; confesaba que dichos Maestros decían cosas de gran fondo y de gran saber; pero no estaba conforme en el modo de decirlas. «Me parece»—dice—«que, según mi edad, sabía alguna cosa; sospeché lo que era, y lo que el Apóstol San

Pablo literalmente confesó de sí mismo, que aquellos varones, aunque no en el saber, en decir sabían poco» (1).

Solicitó y obtuvo una de las tres becas reservadas al Arzobispado de Sevilla, en el Colegio de San Clemente de Bolognia, fundado por el Cardenal español, Gil de Albornoz. Dicha beca era de colegial teólogo. Sus estudios, dirigidos por Marcio Gaeloto, tuvieron su feliz coronación con la adquisición perfecta de un conocimiento extraordinario de las lenguas griega y latina; completando este conocimiento con el estudio asiduo de los Clásicos Latinos.

Supónese con fundamento que Nebrija compuso en Bolognia una de sus mejores poesías: *Salutatio ad Patriam*; lo que nos prueba que si Nebrija abandonó su Patria no fué por falta de amor a la misma, sino por el afán de enriquecerla luego con una literatura que fuese la admiración del mundo entero, ya que los gramáticos, poetas y demás literatos de España andaban desorientados, en general, por faltarles la base del Latín Clásico.

Había oído decir a los que venían de Italia que, en esta nación, florecían las artes y, de un modo especial, el cultivo de la lengua latina, y de la facilidad con que allí podía estudiarla, llenando cumplidamente su deseo de restituir la lengua latina «en la posesión de su tierra perdida los autores del Latín».

Por esta razón y siguiendo fielmente su vocación, pasa diez años en Italia, donde, dice Jovio, que anduvo recorriendo casi todos los gimnasios de Italia, recogiendo a manos llenas los inapreciables tesoros de las lenguas griega y latina, con que enriqueció luego a su Patria (2).

«Así que en edad de diecinueve años yo fué (fuí) a Italia, no por la causa que otros van..., más que por la ley de tornada, después de luengo tiempo restituyese en la posesión de

---

(1) Carta de Nebrija a don Juan de Zúñiga, fechada en Salamanca el año 1492, publicada en el Diccionario del mismo Nebrija.

(2) Jovio: *elogia doctorum virorum*, pág. 148.

su tierra perdida los autores del latín, que estaban ya muchos siglos había desterrados de España. Mas después que allí gasté diez años en los deprender, pensando ya en la tornada fué (fué) convidado por letras del Muy Reverendo e así sabio varón don Alonso de Fonseca, Arzobispo de Sevilla.»

Habiendo salido de España, dirigióse a Italia y a la ciudad de Bolonia para tomar posesión inmediatamente de su beca, en el Colegio de San Clemente. Como su afán constante era conocer los clásicos latinos, procuró leerlos detenida y concienzudamente, así como iban llegando a sus manos, completando su lectura en Roma y demás sitios conservadores de los tesoros latinos. He aquí los principales autores que vió y estudió: VERRES FLACO, su *Vocabulario. De Verborum compositione*; HONIO: *De proprietate sermonis latini*; MÁXIMO VICTORINO: *De re Grammatica liber*; TERCENCIO VARRO, su *Tratado de Lingua Latina*; PALEMÓN, EL GRAMÁTICO: *Ars Grammatica*; VELIO LONGO, de *Ortografía liber*; FLAVIO CAPER: *De Ortografía et de verbis dubiis*; CARISIO: *Institutionum Grammaticarum liber*; SERVIO ONOSATO: *De arte Grammatica*; ELIO DONATO, su tratado de *Grammatica*; DIÓMENES: *De oratione et de partibus orationis*; ASPER: *De arte Grammatica*; VALERIO PROBO: *Grammaticarum Institutionum liber duó*; AURELIO MACROBIO: *Conexión y diferencia entre las palabras griegas y latinas*; CONSENCIO: *De duabus orationibus partibus, nomine et verbo*; PRISCIANO: *Commentariorum grammaticorum, libri XVIII*, y otros muchos.

También entre los poetas procuró estudiar a PLAUTO, HORACIO FLACO, especialmente sus odas; TESTO AVIENO: *De Oris maritimis*; ENIO: *Anales de la República Romana*; PUBLIO TERCENCIO, sobre todo las comedias *Adelphi*, *Andria*, *Eunucus*, etc.; VALERIO CATULO, sus 115 composiciones líricas, eju gramáticas, elegíacas y épicas; PACUVIO, sus 17 tragedias; VIRGILIO NASO, sus incomparables poemas; ALBIO TIBULO, sus cuatro libros de Elegías; BIBÁCULO, su poema de

*Bello Gallico* ; OVIDIO, sus inimitables obras ; SABINO, sus epístolas ; PEDRO, sus fábulas ; PROPERCIO, sus cuatro libros de Elegías ; JUVENAL, sus Sátiras ; ANNEO LUCANO : *Pharsalia*, poema épico ; VALERIO MARCIAL, sus epigramas ; CELIO ESTACIO, sus comedias ; SÍCULO, sus siete Eglogas ; COMEDIANO : *Rapto de Proserpina* ; PRUDENCIO, sus Cánticos e Himnos ; DÁMASO PAPA : *Carmina*, XLII ; SAN PAULINO, sus poemas y sus cartas ; SAN PRÓSPERO, su poema contra los ingratos ; VENANCIO FORTUNATO, sus poesías e himnos Religiosos, etc.

Aunque los autores que más interesaban a Elio Antonio de Nebrija, por entonces, eran los gramáticos y poetas, no por eso descuidó el estudio de los retóricos, oradores y demás autores prosistas ; porque si de los gramáticos y poetas debía servirse para levantar el gran edificio de la reforma y restauración de la Lengua Latina a su prístino estado, los retóricos, oradores y demás prosistas clásicos debían ayudarle poderosamente en la mencionada restauración, como ornamento de su colosal edificio, en proyecto, y con ello presentar una obra tan perfecta de restauración de las Letras Españolas que inmortalizaría su nombre y el de toda España, su querida Patria.

Para completar, pues, sus conocimientos y ponerse en debidas condiciones para emprender su obra, procuró leer y estudiar los demás autores latinos. Entre los oradores, retóricos y demás prosistas, leyó y estudió, preferentemente, a MARCO TULLIO CICERÓN, al español QUINTILIANO, a COLUMELA, VALERIO MÁXIMO, a los dos PLINIOS, al español POMPONIO MELA, al retórico LACTANCIO, a los SÉNECAS, a TERTULIANO, a ANNEO AURELIO, EMPERADOR ; a CECILIO AURELIANO, a SAN CIPRIANO, SAN AMBROSIO, SAN AGUSTÍN, SAN HILARIO, a SAN JERÓNIMO, FABIO FULGENCIO, SAN ISIDORO y al venerable BECLA ; así como a los historiadores TITO LIVIO, JULIO CÉSAR, SALUSTIO, PATÉRCULO, SUETONIO, ANEO FLORO, QUINTO CURCIO, CORNELIO REPOTE, JUSTINO, SUPLICIO SEVERO, SEXTO RUFO,

PAULO OROSIO, español; LAMPRIDIO, EUTROPIO y otros muchos.

Afortunadamente hubo, por aquellos tiempos, no pocos Prelados de la Iglesia que, para la cultura de las letras, solían abrir las puertas de sus palacios y de todos los centros culturales de sus respectivas diócesis, a los hombres que reputaban por grandes apóstoles de la verdadera cultura española. Fueron éstos, entre otros, el gran *Cardenal de España*, D. PEDRO GONZÁLEZ DE MENDOZA, TALAVERA, CISNEROS, VILLAESCUSA, FONSECA, etc. Sin embargo, es fuerza confesar que dichos Prelados, lo mismo que el profesorado en general, nunca llegaron a romper los antiguos moldes para admitir, sin reservas, la reforma presentada por el gran humanista Antonio de Nebrija.

Habían llegado hasta Sevilla las voces de la fama, desprendidas de Italia, y favorables al mismo Nebrija. Por esta razón, instóle el Cardenal don Alonso de Fonseca a que abandonase Italia para ser preceptor y ayo de su sobrino don Juan Rodríguez de Fonseca. Tres años permaneció Nebrija en Sevilla al lado del Cardenal Fonseca sirviendo de preceptor a su sobrino. Mas como durante este tiempo era muy reducido el campo de acción de Nebrija, procuró prepararse, siquiera fuese rudimentariamente, para la enseñanza de la Lengua Latina. Al efecto, tuvo clases públicas en la Capilla de Granada y en otros centros de Enseñanza, explanando, aunque moderadamente, el plan que había concebido y que necesitaba poner en práctica para provecho de los demás.

Mas la labor emprendida en Sevilla no llenaba, ni con mucho, las aspiraciones de Nebrija; necesitaba otro campo más abonado, otros alumnos, que por su número y calidad pudieran recibir sus lecciones con aquel entusiasmo que debe siempre acompañar a la cooperación de toda magna empresa. «Para desarraigar la barbarie de los hombres de nuestra nación—dice el mismo Nebrija—no comencé por otra parte que por el estudio de Salamanca, el cual, como una fortaleza

tomada por combate, no dudaba yo que todos los otros pueblos de España vendrían luego a se me rendir».

Para poder acreditar la suficiencia de sus estudios presentó su título de bachiller en Artes; y como ya todos conocían sus progresos literarios en Italia, así como los elogios que le habían tributado sus Maestros de Bolonia, pudo con ello contratar con la Universidad de Salamanca para dar dos lecciones: una de Elocuencia y otra de Poesía. Vacó luego una de las Cátedras de Gramática; poco después era nombrado Maestro de Prima de dicha asignatura. Desde 1474, en que, probablemente llegó a Salamanca, hasta 1481, Nebrija maduró su reforma para sacar a luz, cuanto antes, para conocimiento de toda España.

Había llegado ya la hora en que Nebrija debía dar a conocer sus obras, comenzando por la publicación de sus *Introductiones Latinae*. Y fué tal el entusiasmo con que se recibió esta obra y tal la acogida de los amantes de las letras, que en sólo el año 1481 se hicieron cinco ediciones seguidas en la ciudad de Salamanca. Siguió luego su *Arte de la Lengua Castellana*. Ambas obras, por intermedio de Fray Hernando de Talavera, fueron conocidas de la Reina Católica, y hasta el mismo Nebrija presentado a dicha Reina, quedando, desde entonces, el Maestro Nebrija bajo la protección de tan Augusta Soberana. Fué, pues, el primer triunfo de Nebrija la publicación de sus dos obras: *Introducciones latinas* y *El Arte de la Lengua Castellana*. Y fué su triunfo mayor en cuanto que en él se apoyaba su empresa de restauración, por medio del clero secular y las Ordenes Religiosas que tanto arraigo tuvieron en la literatura española, como puede verse por las meritísimas aportaciones de los Dominicos, Franciscanos, Carmelitas, Jerónimos, etc.

Para ir completando su plan de restauración de las letras en España, había reunido muchos materiales con que pensaba componer sus Vocabularios o Diccionarios, Latino uno y Castellano el otro. Mas para la composición de los mismos,

necesitaba el Maestro disponer de mucho tiempo y gozar de la tranquilidad necesaria en esta clase de estudios. Para ello le era imprescindible abandonar, por algún tiempo, la regencia de sus clases. Mas esto no podía hacerlo sin pérdida de su sueldo que necesitaba para el sostenimiento propio y el de sus hijos. En tan apurado trance, salióle de nuevo al encuentro la Divina Providencia en la persona de su antiguo discípulo don Juan de Zúñiga, que luego fué Arzobispo de Sevilla. Dijo le entonces Maestre de Alcántara que dejase las clases que él le proveería de lo necesario. Con tan generoso mecenas escribió los dos Dicciones: el Latino Español y el Español Latino. De este modo pudo ya sacar a luz sus dos Dicciones, su Comentario a las *Introducciones Latinas* y dió fin al *Arte de la Lengua Castellana*. De ésta dice Nebrija que sujetó a reglas y preceptos, y «que andaba suelta de las reglas del arte».

En la magna empresa llevada a término por el Cardenal Cisneros, sobre la revisión de la *Vulgata*, reunió este insigne Purpurado, las personalidades más destacadas en las lenguas hebrea, griega, y latina, encargándose del texto de esta última nuestro ilustre humanista Antonio de Nebrija. Juntábanse diariamente en Alcalá, por los años 1502-1503, para tratar de la manera de llevar a su feliz término aquella titánica empresa, resolviendo las dificultades que se les ofrecían. El mismo Cardenal en persona solía asistir a dichas reuniones. Vino el verano de 1504 en que Cisneros tuvo necesidad de trasladarse a Toledo y con él la Junta de intérpretes y revisores de la Sagrada Biblia. Entonces fué cuando Cisneros dió instrucciones a los componentes de la mencionada Junta mandando que no hiciesen mudanza alguna en lo que literalmente se hallaba en los libros antiguos. Como Nebrija estaba convencido de la decadencia del Latín Eclesiástico y todo su empeño consistía en la restauración del Latín, en vista del mandamiento del Cardenal, se retiró de la Junta renunciando al cargo que le había confiado dicho Cardenal.



El mismo Nebrija, para dar alguna satisfacción de su actitud frente al criterio del Cardenal Cisneros, dejó escritas las siguientes frases «Preguntóme V. S. que porque no quería entender en ello. Yo le respondí que por qué cuando vine de Salamanca yo dejé allí publicado que venía a Alcalá para entender en la emendación del Latín que está comúnmente corrompido en todas las Biblias Latinas cotejándolo con el Hebraico, Caldaico y Griego. Y que agora si alguna cosa falta se hallasse en ello, que todos cargarían a mí la culpa, y dirían que aquella ignorancia era mía, pues quedaba tan mala cuenta del cargo que me era encomendado» (1).

Para que mejor pueda comprenderse la actitud y el tesón con que Nebrija defiende su programa de la pureza latina y su plan de restauración en todo su vigor por medio de sus *Introductiones Latinae*, y, al propio tiempo, la repugnancia que sentían los preceptores del latín junto con la de los Prelados en admitir lo que llamaban innovaciones del Maestro Nebrija, aunque no eran tales innovaciones si no legítima restauración de las letras; hay que recordar aquí las cuatro modalidades antiguas de esta lengua: el latín clásico o latín propiamente dicho; el latín vulgar, el bajo latín, y el latín eclesiástico.

El latín clásico es el que se formó en el Latium y fué cultivado por los gramáticos, poetas, retóricos, oradores, y demás escritores romanos de antes y después de Jesucristo; así como del cultivado por los Santos Padres de los cinco primeros siglos de la Iglesia. El latín vulgar es el mismo latín antiguo, pero evolucionado en boca y uso del pueblo, y se diferencia del clásico en que éste apenas si evoluciona más que en desprenderse de barbarismos y en sujetarse a reglas gramaticales y a figuras retóricas; mientras que el latín vulgar adquiere su desarrollo natural y espontáneo, sin suje-

---

(1) Revista de Archivos, tomo VIII, págs. 493-496. También F. G. Olmedo S. J., en su *Nebrija* publica este mismo texto, págs. 30-31.

ción a precepto alguno gramatical ni a figura retórica alguna por insignificante que sea.

El bajo latín o baja latinidad se diferencia del latín clásico como del vulgar en que la mayor parte de las raíces de su léxico no son puramente latinas, sino bárbaras, procedentes generalmente de las lenguas germánicas o celtas, aunque acomodadas morfológicamente a las latinas de origen, esto es: formadas de palabras bárbaras revestidas del ropaje latino y sujetas, en parte, a la misma evolución del latín vulgar. Así del antiguo alto Alemán *roubôn*, por medio de su forma secundaria *raubon*, el bajo latín primeramente hizo *raubare*, cuyo término evolucionado nos dió *robare* y luego *robar*, sujetándose a los principios y leyes que actuaron en la formación del romance Castellano y siguen actuando en la evolución de la lengua española.

El latín eclesiástico es esencialmente el mismo latín clásico acomodado por la Iglesia Católica para usarlo en sus relaciones con los fieles; y se diferencia del clásico en la introducción de muchos vocablos referentes al Cristianismo y al Ceremonial del culto divino, cuyos vocablos son, en su mayor parte, de origen griego y hebraico. Pero donde mayor se nota la diferencia es en su sintaxis exenta del hiperbaton y de las elegancias de que tanto abunda el latín clásico.

Después de sus desavenencias con el Cardenal Cisneros, enemigo de innovaciones en la nueva redacción de la *Vulgata*, aunque por otro lado se trataba de corregirla literalmente, Nebrija partió para Sevilla donde continuó sus explicaciones sobre las reformas del Latín Clásico hasta que, habiendo fallecido en 1503, en Salamanca, el Maestro Gomiél, Catedrático de prima de Gramática, fué llamado Nebrija para ocupar aquella vacante. No pudo Nebrija terminar su curso escolar en Salamanca por haber sido nombrado Secretario del Cardenal don Juan de Zúñiga.

En 1505, por muerte de Pedro de Espinosa, salió a oposición la nueva vacante, a la que concurren Nebrija y Arias

Barbosa. Mas habiéndose retirado éste por respeto o consideración, quedó Nebrija nuevamente en posesión de la Cátedra de Gramática donde continuó explicando su reforma en la restauración de las letras. En 1506 publica Nebrija su *Lexicon Juris*, que dedicó a su antiguo discípulo don Juan de Fonseca, a la sazón Obispo de Burgos, y las famosas *Quincua-genas*, con los comentarios de los poetas Juvenco, Sedulio, Aredor y Prudencio. Por ausencia notable de la Universidad ésta le privó de la Cátedra de acuerdo con sus estatutos. Para compensarle de esta pérdida fué nombrado cronista del Rey por presentación del Secretario Miguel Pérez de Almazán, a cambio de actuar de preceptor de sus hijos, hasta que de nuevo ganó la Cátedra de Retórica, llamada de Plinio, que había regentado el célebre Lucio Flaminio. Fué entonces tal aglomeración de jóvenes asistentes a su clase que no había aula capaz para dar cabida a todos.

Caían como densas lluvias sobre Nebrija las acusaciones infundadas de sus enemigos y detractores para hacerle desaparecer del claustro Universitario de Salamanca. Defendióse hábilmente Nebrija contra todos sus enemigos y tuvo la satisfacción de ver a su lado a muchos de los Maestros que siempre permanecieron adictos por estar conformes en su plan de enseñanza, y hasta el mismo Papa Martino V. Ello, no obstante, se le hizo imposible la estancia en Salamanca. Entre los partidarios de Nebrija hay que contar a don Diego Ramírez de Villaescusa, a su antiguo discípulo Fernando de Manzanares, al excelente gramático Tizón, Pedro Delgado.

Había prometido Nebrija pasar los últimos años de su vida en la ciudad de Sevilla, y aprovechándose de la vacante, por defunción, que dejaba el Maestro de Gramática don Juan de Trespuentes, entró Nebrija en Sevilla con grandes aclamaciones de los sevillanos al tomar posesión de la Cátedra de San Miguel.

Reconociendo, por fin, el Cardenal Cisneros los méritos de Nebrija y su competencia indiscutible en la lengua latina, le

llamó de nuevo a Alcalá para aprovecharse de sus raros conocimientos, no sólo en las artes, sino también en las ciencias del saber humano.

A la muerte del Rey Católico publicó su tercera *Quincuagena*, donde hace la más exacta exposición de algunos lugares de la Sagrada Escritura; a continuación dió a luz su Santoral, o sea, muchas vidas y coronas de los Santos Mártires; algunas de ellas habían sido ya escritas por San Jerónimo. Publicó, asimismo, las *Décadas de Orbe Novo*, para cuya obra le sirvió de Mecenas el Conde de Tendilla. Escribió la *Ortografía Castellana* y puso la última mano a sus *Introducciones Latinas* y al *Diccionario*, y continuó su laboriosa empresa hasta momentos antes de su muerte acaecida en 1522. con la satisfacción de haber llegado a feliz término sus patrióticos deseos de la restauración de las letras en España.

«La restauración de la Lengua Latina, dice Félix G. Olmedo», por medio de las introducciones y de los vocabularios traía necesariamente la revisión del lenguaje científico y de su contenido y, como consecuencia, la restauración y el progreso de todos los estudios reducidos casi todos ellos a la inmovilidad por el desconocimiento de la lengua latina. Los juristas no entendían sus Códigos y Digestos, porque apenas sabían latín; los médicos no leían las obras de Plinio el Viejo, ni las de Cornelio Celso, porque tampoco lo sabían; los que se daban al estudio de la Sagrada Escritura, como no podían leer las obras de los Santos Padres y Doctores antiguos, tenían que contentarse con otros más modernos que no tenían la autoridad de los primeros; los mismos gramáticos que no conocían más latín que el de sus Mamotretos y catholicones tenían que contentarse con traducir penosamente el *Catón* y los famosos libros *modernos*, y como éste era el principio y entrada para todos los estudios, todos ellos se convertían en un laberinto de confusión, porque, como dice Aristóteles: «un pequeño error en los principios, al fin se hace muy grande». De este modo un simple gramático, con sólo renovar

la lengua, renovó todas las ciencias y despertó en los espíritus una magnitud científica que determinó el gran movimiento literario del siglo XVI, y esto sin salirse de los términos de su profesión.

Son de admirar los elogios tributados al Maestro Nebrija por sus mismos contemporáneos, tan luego como pasó a mejor vida este gran humanista. Vergara, escribiendo a Luis Vives, le llama varón gravísimo eruditísimo. Trauno, en otra carta dirigida al mismo Vives, le llama príncipe y ornamento de la Universidad Complutense; y ornato de toda España, le califica Paulo Merula, y Palasino dice del mismo: «En el método de leer y estudiar los autores había juntado las letras con una acendrada piedad». Parecidos elogios le tributan Paulo Jovio, Juan Vaseo, Pedro Mártir, Luicio Marineo, Sículo y otros; pero el escritor que mayor honra le tributó fué, sin duda alguna, Juan Lorenzo Palminero. De él son estas palabras: «Estaba España en poder y tiranía de bárbaros gramáticos. Pasó en Italia, traxo con toda curiosidad lo que pudo. Y con ser buen filósofo y buen teólogo, por el bien de su Patria no rehusó el nombre de gramático; pero la bárbara cañalla ingrata no queriendo dexar el antiguo alimento de las bellotas, persiguióle gravemente, de modo que con gran dificultad se recabó, en el año 1507 se leyese sus preceptos en Valencia, defendiendo, Maestre Amiguet al Doctrinai, y haciendo que su discípulo Luis Vives, con aquel grueso latín que entonces usaban, hiciese invectivas contra Antonio. Pero cuando fué docto en Flandes, le devolvió la fama en aquel tan excelente libro *De disciplinis*» (1).

Es tan sumamente original el arte, método y plan desarrollado por Nebrija en sus *Institutiones Latinae*, que en manera alguna pudo imitar a ningún otro autor anterior a sus estudios; primero porque fueron rarísimos los gramáticos de aquella época, y en segundo lugar porque Nebrija no nece-

---

(1) El latino *de repente*, parte 2.<sup>a</sup>, Editorial de Valencia del año 1577.

sitaba imitar a nadie, ni se lo permitía su método. Únicamente pudo coincidir con un solo gramático del mismo siglo XVI y anterior a él, aunque en poco tiempo. Fué este gramático Nicolás Perotto, que imprimió su gramática intitulada: *Rudimenta Grammatices*, en Tortosa, por Guindeler, el año 1475 (1). Aunque impreso en España, no nos consta que Nebrija se aprovechase de este incunable. Realmente *Rudimenta Grammatices*, de Perotto, es la obra que más puntos de contacto tiene con las *Introductiones Latinae* de Nebrija.

Dada la excelencia de su Gramática, su originalidad y las ventajas de su enseñanza, junto con la exposición piadosa de las demás obras que compuso, para la instrucción sólida de sus alumnos, nada tenía de particular que en todas las catedrales e Iglesias parroquiales y particularmente en los Claustros de las Ordenes Religiosas, se adoptase la Gramática de Nebrija y se enseñase en todas sus preceptorias por Maestros competentes que antes de adoptar a Nebrija para sus alumnos le habían escogido para sí, dirigiendo primero su doctrina y asimilando a su inteligencia las teorías y la práctica del gran humanista. Estos primeros Maestros, discípulos de Nebrija, lograron infiltrarlas en aquellos jóvenes que no tardaron en reemplazar a sus Maestros. Unos y otros fueron el fundamento de la gran cultura y de aquella literatura española desarrollada portentosamente en el siglo XVI, especialmente entre las Ordenes Religiosas de España, teniendo como base incommovible el conocimiento perfecto de la lengua latina, por medio de Nebrija, fácilmente pudieron levantar el clasicismo en España, con aquella pléyade de escritores seculares, seculares y, sobre todo, religiosos. Nos abstenemos de citar sus nombres por temor de alargarnos demasiado en un artículo que debe tener sus límites razonables.

---

(1) De esta edición he visto tres ejemplares y parece que son los únicos conocidos: uno en la Biblioteca del Institut de Estudis Catalans, en Barcelona; otro conservado en Tortosa, y el tercero estuvo en mi poder hasta el año 1936, en que lo hicieron desaparecer los «rojos» de mi biblioteca, junto con otros libros.

Continuó la enseñanza del latín en los siglos XVI y XVII, sirviendo de base, al propio tiempo, a la cultura y literatura de la lengua española, hasta que descuidando el estudio de la lengua madre cayó sensiblemente la cultura del español y con ella su literatura.

Desgraciadamente la decadencia de la lengua latina fué acentuándose, más y más, en estos últimos siglos; y hoy puede decirse que el estudio y enseñanza del latín clásico se halla solamente en sus últimos reductos que constituyen las aulas de los Seminarios y los Colgios de los Religiosos, donde realmente permanece en todo su vigor la restauración del latín clásico realizada por el gran humanista Elio Antonio de Nebrija.

